





# LA PERDICIÓN DE LISBOA



Carlos Isidro Muñoz de la Espada

# LA PERDICIÓN DE LISBOA



Primera edición: noviembre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Isidro Muñoz de la Espada

ISBN: 978-84-18366-86-4

ISBN digital: 978-84-18366-87-1

Depósito legal: M-21193-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





## ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO.....	11
CAPÍTULO SEGUNDO .....	19
CAPÍTULO TERCERO .....	23
CAPÍTULO CUARTO.....	29
CAPÍTULO QUINTO.....	33
CAPÍTULO SEXTO .....	37
CAPÍTULO SÉPTIMO .....	43
CAPÍTULO OCTAVO.....	55
CAPÍTULO NOVENO.....	61
CAPÍTULO DÉCIMO.....	65
CAPÍTULO UNDÉCIMO.....	71
CAPÍTULO DUODÉCIMO .....	77
CAPÍTULO DECIMOTERCERO.....	83
CAPÍTULO DECIMOCUARTO .....	89
CAPÍTULO DECIMOQUINTO .....	95
CAPÍTULO DECIMOSEXTO.....	99
CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO.....	107
CAPÍTULO DECIMOCTAVO.....	113
CAPÍTULO DECIMONONO .....	117
CAPÍTULO VIGÉSIMO.....	123
CAPÍTULO VIGESIMOPRIMERO .....	129
CAPÍTULO VIGESIMOSEGUNDO .....	133
CAPÍTULO VIGESIMOTERCERO.....	135
CAPÍTULO VIGESIMOCUARTO .....	139
CAPÍTULO VIGESIMOQUINTO .....	143
CAPÍTULO VIGESIMOSEXTO.....	149
CAPÍTULO VIGESIMOSÉPTIMO .....	153

CAPÍTULO VIGESIMOCTAVO.....	157
CAPÍTULO VIGESIMONOVENO.....	161
CAPÍTULO TRIGÉSIMO.....	167
CAPÍTULO TRIGÉSIMO PRIMERO.....	171
CAPÍTULO TRIGESIMO SEGUNDO.....	177
CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO.....	181
CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO.....	189
CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO.....	193
CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO.....	199
CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO.....	203
CAPÍTULO TRIGÉSIMO OCTAVO.....	209
CAPÍTULO TRIGÉSIMO NOVENO.....	215
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO.....	219
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO PRIMERO.....	225
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO SEGUNDO.....	231
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO TERCERO.....	237
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO CUARTO.....	241
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO QUINTO.....	247
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO SEXTO.....	253
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO.....	259
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO OCTAVO.....	265
CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO NONO.....	271
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO.....	277
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO PRIMERO.....	281
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO SEGUNDO.....	287
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO TERCERO.....	291
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO CUARTO.....	299
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO QUINTO.....	303
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO SEXTO.....	307
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO SÉPTIMO.....	311
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO OCTAVO.....	315
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO NONO.....	321
CAPÍTULO SEXAGÉSIMO.....	327
CAPÍTULO SEXAGÉSIMO PRIMERO.....	333
CAPÍTULO SEXAGÉSIMO SEGUNDO.....	337
CAPÍTULO SEXAGÉSIMO TERCERO.....	345

## CAPÍTULO PRIMERO

La criada, que allí lo disponía todo, hizo sentar a su señor y a la hija de este para hablarles con seriedad. La conversación podían intuírla todos en el pueblo, pero solo ellos tres sabrían el remedio que aplicarían a la crítica situación que se cernía sobre la casa. Si no actuaban rápido, y aunque la Inquisición tratara el tema de chiquillada pueblerina, la turba, el fuego o la horca saltarían una de esas noches por la ventana para bañar de sangre las calles.

Volviendo por el Camino Real en dirección a Madrid, don Manuel de Pimentel decidió no hacer noche en la vieja parada de postas de Valdepeñas, sino en la suntuosa posada que había unas calles más adentro. Su salario se había visto incrementado en el último año por los nuevos encargos reales, que le hacían viajar una vez y otra por aquella misma carretera, de Madrid a Andalucía; a Cádiz, su tierra; y cubrir como un Cervantes recaudador varios tramos de La Mancha, de Córdoba, Sevilla, Toledo y, ocasionalmente, La Alcarria y la serranía de Cuenca. Esto le hacía, en contra de toda costumbre de sobriedad y sencillez, darse de vez en cuando el pequeño lujo de elegir mejor fonda o sustituir su dieta campesina por fruta y pollo.

Noviembre de 1754, a las siete de la tarde las campanas tocaban agotadas en un suspiro, y las calles soplaban espantando el ligero calor que las horas de siesta exhalaban de las casas y de una tahona cerrada. Rápido, una sombra se escapaba de una esquina y entraba por una puerta, a lo lejos un perro ladraba, el relincho de los caballos del coche de colleras se evaporaba al aire... Don Manuel pidió

trémulo al cochero que se detuviera antes de alcanzar la posta, descendió, cogió su maletón de felpa verde y el cajón de escribanía y se tiró por las calles desoladas. El humo de las gavillas que salía de un portón azotó un instante su capa. En la puerta de la posada se agolpaban mujeres en harapos, niños desnudos —que bien recios crecían con la que caía—, una mulilla con sombrero y un viejo dormido que ni se enteró de que pasaba. Y era evidente que pasaba porque el grupo se arremolinó sin apenas levantarse, poniéndole las manos en la tripa, pidiéndole limosna, un trozo de pan o lo que a bien cayera. Manuel no dio nada, no por roñoso, sino por vergüenza suya. Era, visto está, un señorito tímido que calculaba para no tropezar todos los pasos que habría de dar y, no esperando que la mugrienta turba le abordara, no supo qué hacer. Balbució una disculpa, con los ojos perdidos, y penetró en el patio.

Un pozo, columnas de piedra, una parra recién podada y, sobre la banca, una vieja descosiendo bajos. Salió el posadero: un joven gordo que puso la mano igual que los de fuera y le condujo enseguida a un cuartillo con ventana, cama con mantas, una silla y un candil. De cena, tortilla en la cocina junto a unos viajeros toledanos. Una risa sorda, un estornudo: no había imagen más fatigosa que dibujara aquel otoño.

A la mañana siguiente se despertó con las campanas tocando a muerto, cansadas, con una levedad que avisaba de la costumbre adoptada en doblar aquel párvulo picar. La guadaña se afilaba con los tejados de la provincia. Tomó el parvo y salió hacia la plaza. La cal de las casas se amontonaba por los suelos. Algún cristal roto. Un carro abandonado. Las basuras inundaban las esquinas. No oyó misa. Solo entró al templo, saludó a las imágenes y se volvió. Quién le iba a decir que aquella corta estancia en Valdepeñas le cambiaría la vida. El destino siempre depara algo. Si él no hubiera parado allí, si hubiera seguido una jornada más y se hubiera hospedado en Aberturas o en Manzanares o simplemente no hubiera cogido cama en la posada, sino en la posta, tal vez al regresar aquella ma-

ñana tras el paseo no le esperaba impaciente aquel que le esperaba. O tal vez el destino tenía previsto guardarle la sorpresa allá donde él hubiera dormitado: en Manzanares, en la posta; o le hubiera llegado la noticia, la decisión que le truncara su diseñada vida a modo de carta en Cádiz, o de visita en los ministerios de Madrid. El caso es que del destino no se huye, que no somos sus dueños y, por ende, Manuel de Pimentel no lo era tampoco.

Al cruzar el portón sí dio esta vez a los llorosos su limosna, que venía pensándolo por el camino y rebuscándose en el bolsillo. Pronto salió de la cocina el posadero gritando:

—¡Este es, señor! Este que viene.

—¡Calla, no grites! —le reprendió la vieja.

Tras él salió un hombre cano con patillas, no muy viejo, pero con los surcos en la cara como los que deja un arado sobre la tierra. Vestía al modo de la provincia, con casaca vieja y raída, aunque mostraba haber sido en otro tiempo pieza de aparato. Manuel disimuló su timidez al ver que aquel que le buscaba sonreía, y hasta tiritaba de la gana que tenía de encontrarle. Ante él se abría un manantial en el desierto que Manuel notó hasta el punto de abrumarse.

—¿Es usía el señor Pimentel?

—Sí, dígame, ¿qué quiere?

—Es escribiente, ¿verdad?

—Sí, sí.

—Del ministro *Igual*, ¿no?

—Wall, señor —corrigió Manuel—, que es apellido inglés.

—Mejor le habría ido con Carvajal, que nos iba a conseguir devolver Menorca y Gibraltar. A ver cómo se las apaña el nuevo. Si Carvajal no hubiera muerto... No vaya usía a pensar que por ser de provincias, los paisanos no sabemos lo que se cuece en las capitales y, en vista de que delegan los reyes, y más estos reyes que huelen a Francia, hay que estar muy atentos a sus ministros.

—Ya verá lo que habla este —interrumpió el posadero.

—¡Calla, hombre, que va a semejarme a tu calaña! Si hubieras sabido lo que tocabas te me habrías adelantado.

—Ni por pienso, que bien me va con el negocio, no como tu hacienda de cuatro fanegas, mal vendidas y mal plantadas.

A esto se cegaba Manuel sin saber por dónde llovería.

—Bueno, disculpe, señor. A lo que vine corriendo de mi casa, que me informó de que volvía usía de Andalucía un mozo de mi vecina que le trae a esta la leña, era para hacerle ofrecimiento, serio y comprometido, de un asunto que, como comprenderá cuando lo sepa, quisiera tratar a solas. Pase si ve justo conmigo a las cuabras y le informo.

Dejaron el patio el señor de tez arrugada y don Manuel y, acariciando la grupa de una yegua, comenzó otra vez a hablar sin parar, como si el silencio fuera a permitirle al joven escribiente pensar un rechazo a sus propósitos:

—Que es usía escribiente se sabe en la villa esta porque cruza por ella una vez por temporada. Y que se aloja en la posta, y ya van dos las veces que pasa noche en esta posada. Me lo dice todo el postillón y, como le dije, el mozo de leña. Y que no es usía otra cosa que copista de buen techo, de la Secretaría del Estado, nada menos. ¡Vaya papelón el mío! Cuando dándole a la cabeza noche y día en cómo salir de la situación en que me encuentro, acerté a clavar mi discurrir en su persona. No se abrume, señor. Verá, yo soy vinatero y cosechero de grano, que aquí en Valdepeñas es lo más hacendoso. Desde que nací no he conocido otro oficio. Tengo dos bodegas, ¿sabe? Una en casa. La otra en la salida de Membrilla. Y no vea la de celemines de vino que se han sacado de mis tinajas. De grano ya ni le cuento. Que tanto era que, dadas las circunstancias que ahora le relataré, el pósito ha pasado a ser mi propio granero para que mis paisanos no se murieran de hambre. Le diré, pues, que desde hace ya año y medio no hay cabeza que se levante en estas tierras. Primero fue la langosta comiéndose los sembrados. Luego la sequía, que nos dejó uvas diminutas. Y meses más tarde, como tanto hacía que no llovía, vino a caer todo de golpe en un aguacero que duró doce días con sus noches. Adiós sembrados, adiós uvas; amén de los tejados de las casas, los gavillares, los graneros. Ni

se imagina la que nos vino tras la Pascua. Luego el hambre, que, como los pastos no fueron buenos tampoco, las reses quedaron raquíticas y, de la poca matanza, no nos llegó ni la aguja al diente ni la de diciembre a marzo. Mi mujer murió de aquella porque corrió el cólera durante un mes; en lo que va de agosto a septiembre, del año pasado, claro, que no quedó calle donde no muriera un vecino. ¡En un mes! ¿Oye? Y de mi calle le tocó a mi mujer. Buena como ella sola. Hija de los Merlo. ¿Conoce a los Merlo? Pues no hay mejor familia en la villa. Aunque mi mujer venía de ramas más menudas; pero buena dama, que leía los salmos en alto y cosía mantillas con aguja, que eso aquí no se hace. Pues murió mi señora y nos vino encima la desgracia completa. Ni el agua de los pozos sale limpia. Nada, no nos queda nada: ni pan, ni animales, ni viñas... nada. Y vea por lo que le vengo a entretener; que no se abrume le dije porque no es dinero lo que quiero de usía. No vaya a asustarse con que le saldré con una navaja de la faja —rio—. Me quedó de la ausencia de mi mujer una hija, hermosa como ninguna. Hecha una *aldonzona*, morena, con ojos de cordobesa, blanquísima, que no la dejó pisar el campo, y con unas manos que son oro puro. Verá usía que se la estoy ofreciendo...

—¿A mí?

—Sí, claro.

—No, no pensé yo tener sirvienta ni camarera, que tengo ya una guardesa en Madrid y la ama de mi padre en Cádiz. No necesito más.

—No, no me comprende. Se la ofrezco de esposa, como mujer.

—¿Cómo...?

—Sí, señor mío. No sabe el joyón que se lleva. Es moza muy virtuosa. Cose vainicas y repulgos tan chupados que ni el hilo de seda. No vea cómo borda. Mismamente dos sayones para la Virgen de Consolación con tan solo quince añicos. ¡Ay! Quién pillara toda la plata que me dejé en aquellos hilos. Y no por dinero, sino porque era eso: de plata pura el hilo. Y lava también y friega y quita el polvo. Además recita dos o tres coplas que le enseñó su abuela.

Y sabe latín, lo justo para leerlo, claro. Y además lleva mi casa, y me ayuda con las cuentas de las haciendas; aunque pocos números se hagan ahora. Y es muy católica, señor. Sabe poner la mesa francesa y la inglesa, y guisa como una monja. Eso sí fue una sorpresa para el *chache* aquí presente que, cuando dimos puerta a la cocinera y a la azafata que fuera de mi mujer, se hizo ella dueña del fogón de mi casa y, hace pisto, gallinejas, gachas, tiznao, menudillos, cordero... de todo; incluso nuégados nos hizo a primeros de mes, para los Santos, y ahora muchos duelos y quebrantos, que es menester para funerales. No se quite de mi ofrecimiento...

—Señor, que no entraba en mi idea desposarme.

—No crea que no somos de merecer, que como le dije, mi mujer era de los Merlo y yo de los López-Tello. Muy afamados en esta villa.

—No es ese el motivo.

—¿Y cuál ha de ser? Usía, un buen mozo, soltero, con caudales que no gasta. Regálese una mujer buena, que a buen seguro no la encontrará mejor en la corte. Que no vea lo reservada que es mi hija, que es además tímida. No habla con nadie. Y si viera lo lozana que es: Hermosona como lo era su madre, y muy sana. Ha de verla. Además se la entrego con una muchachorra que tiene ella por doncella, que nos ha sustentado estos meses a todos por ser ama de cría, aunque es joven, y está tan gorda que ya quisiera yo que mis corderas se criaran igual. Será como llevarse una vaca lechera con la que no le faltará nunca un pellizco en su caja del dinero. Unos dos tostones nos gana al mes. Mejor dote no puede llevarse. Y esta si es espabilada, que patrulla a mi hija mejor que una comparsa de carabinas. Vaya lote. ¿Qué me dice?

—No, señor —dudó Manuel de Pimentel cómo deshacerse del taladrar aquel.

—¿Cómo que no? ¿Va a dejar que moza tan lustrosa y recatada como mi chiqueja se muera de hambre? ¡No lo voy a permitir, señor! Se la lleva a Madrid, a Andalucía o adonde tenga por destino; ya la haga su mujer o la contrate junto a sus amas de fregona. Me

da igual, pero habiendo usía dinero y yo, un padre de abolengo fino, de hidalguía antigua, debiendo regalarme así, rebajado ante usía, quien no hace más que andar de paso por esta villa con carpetones de escritura con los que decide, allá en otras comarcas, el destino de los que en esta morada se han quedado sin nada. Usía no puede, por caridad o por los motivos que se trace, rechazar a mi hija. Vea, presto, con mi oferta, la desesperanza en que se sume mi casa.



## CAPÍTULO SEGUNDO

Cómo quedaría Manuel de Pimentel que, aun habiendo bruma y frío, sudaba a cada paso que su mente se acercaba a la idea turbadora de casarse con aquella moza. Se distraía, pues las ideas voluntarias e involuntarias, todas mezcladas, son incapaces de especificarse en un solo pensamiento. Pero era volver a visualizar a aquel patilludo cano cogiéndole del brazo, o imaginarse conociendo a la dama, y su corazón se le salía galopando por la boca. Peor fue cuando se acostó, en aquellas sábanas frías, en la oscura habitación tocada por la lluvia sobre los vidrios. Nada podría hacerle calmarse y dormir porque, bajo las sombras, aparecía una mujer desnuda que luego se acercaba, desprendiendo esos aromas que las damas despiden a aceites, para acariciarle el pecho, los muslos, dejando que su larga cabellera le sacudiera como un látigo el vientre. Y la turbación se le volvía locura y enfermedad. Hasta se tocaba la frente entre temblores temiendo haber cogido fiebre.

Aparte de todo esto, un hálito desconocido de madurez le había hecho no coger aquel día el coche de colleras para continuar su viaje a Madrid. Aun habiendo oído al mayoral y al postillón llamar a gritos a los viajeros desde la calle Ancha y sabiendo que esperaron mucho rato por si aparecía el escribiente. Pagó por una noche más al posadero y ahí estaba: enfermo. Lo que se viene a llamar por los pueblos: acojonado. Igual que el día que ingresó en la Universidad o que durmió por primera vez fuera de casa de sus padres.

Se repitió una y mil veces que no era hombre suficiente para ninguna mujer. Todavía era joven y tanto viaje para arriba y para

abajo no podía compaginarse con un hogar, una familia. Además, se barajaban los inconvenientes de atenderla, escucharla, defenderla, protegerla, administrarla y cubrir todas esas necesidades que una mujer necesitaba, cuando su único interés hasta la fecha habían sido los libros de cuentas y leyes. Si acaso mantenerse aseado, a duras penas, y presentable cuando auditaba ante el secretario del ministro. Demasiado era para él tomar ciertas riendas y decidir si en vez de hospedarse en la posta lo hacía en la posada, pero, por lo demás, que Dios le guardara muchos años su ama en Cádiz y la guardesa de su casa en Madrid; y que las rutas de su trabajo no variaran mucho. En fin, que mil razones se daba para no ver provechoso siquiera conocer a la hija del vinatero. Cuando la lluvia paró y la noche se oscurecía llamando poco a poco al alba, lejos de dormirse, le atacó de nuevo la irrefrenable angustia libidinosa, la presencia de aquella dama que se lo comía desde las sombras. ¡Cuántas sensaciones desconocidas y reprimidas le abordaron! Tantas, que bien hubiera salido corriendo sobre los charcos a llamar a la puerta del vinatero para tomar ya a su hija, sin esperar. Y así acordó consigo mismo acudir esa mañana a la casa a presentarse a la moza, a conocer al menos si le era de agrado.

Con la solución en la cabeza consiguió dormir; aunque fue despegar el ojo, con el día ya mediando, y le sacudió otra vez el corazón. Se vistió de tiritonas y desayunó nervios. Cuando al fin llegó la hora no se vio capaz. Estaba cegado. Se detenía a poco para enderezar el paso. «Al menos bajar la calle, Manuel, aunque no llames a su puerta», se decía, abriendo el portón de la posada, decidido ya a bajar hasta la plaza para oír misa tan solo. Saludó a los pobres, improvisando, experimentando con su valentía. En esto estaba cuando al echar el ojo a la calle vio que se acercaban dos mujeres sobre dos borricas.

La primera, una vaca joven de amplias ubres que rebosaban de un escote enorme, vestida de refajo listado, con el mismo palo con que golpeaba el lomo a su campesina montura tocó de un empujón el hombro de Manuel, que a poco no perdió el equilibrio y cayó sobre el grupo de mendicantes.

—¿Es usted el escribiente? —preguntó la moza.

Manuel miró con sorpresa a la gorda, que abultaba más que la burra que montaba, soportando que desde su altura le picara todavía con la vara en el hombro.

—Sí, yo soy —balbució.

Tras la moza que le espetaba venía otra mujer sobre borrica, tapada como lo hacían sus paisanas de Tarifa, o como sabía solían taparse las señoras de Sepúlveda para evitar el viento, con toda la saya levantada sobre la cabeza, cogida con el puño para no más dejar un ojal por el que ver. No adivinaría así si era vieja o joven. Hasta pudiera ser zagal travestido y no zagala. Cualquier cosa. Sin embargo, la que le hablaba, con el ceño cruzado y dándole con el palito, era esta gorda.

—Muy oportuno sale. No se me escape.

La moza saltó con trabajo de la burra, haciendo que le botaran tales ubres como odres en carga y, apañada, con soltura se metió en la posada gritando para que saliera el posadero. Ahí volvió a pedir la vieja:

—¡No grites! ¡Vaya voces!

—Que no se vaya el escribiente sin pasarse al recado —le decía dentro la gorda al posadero.

—A mí no me tengáis de guardia, que aquí los viajantes, con que me paguen la estadía y la pitanza, que vuelen como quieran.

Manuel de Pimentel, abrumado, acongojado, aunque reposado en cierto modo por las decisiones que se escribían por él, sin participar en responsabilidades, como si hubiera de acatar aquellas firmezas que a él le faltaban, se entretuvo con disimulo, colorado cual tomate, en advertir la inadvertencia de la segunda moza, o mozo, o persona que se ocultara como reina mora. Si el cálculo no le fallaba, ella debía ser la hija del vinatero y la otra su doncella, la nodriza.

—Hala —dijo la gorda saliendo de nuevo, golpeando como a un perro entre los muslos al joven—, nos vamos ya. Ya sabe la casa. O se viene ahora con nosotras o se pasa más tarde. Hasta luego —contestó y, montándose, se fueron por donde habían venido,

dejando a Manuel clavado y como un muerto en la tierra, confundido, esta vez sí, entre los mendigos.

Allá se iban y a Manuel no le quedaba alternativa. Tanto su espíritu galopante de ardor como la obligación asignada por el padre, la gorda y el posadero le impedirían zafarse de ir y, si se entretenía de seguir por su recto camino, de casarse con la chica. Aceptando por tanto el envite, deambuló por la villa hasta hacer hora conveniente de acercarse a la casa. Solo él sabría lo que los nervios le hicieron sufrir hasta el momento.

## CAPÍTULO TERCERO

Ante el umbral se elevaba sobre su cabeza, imponente, una gran puerta de castillo. Se cernió cubriéndole la sombra de la casa. Dudó, pero al siguiente paso llamó a la aldaba, retumbando como tambores de guerra los ecos de los golpes adentro del zaguán. De enfrente asomó una vecina:

—¿Quién es el que va? Ahí anda, otra vez. ¿Está loco? ¿Es que es forastero?

La puerta se abrió enseguida, saliendo la moza gorda. Le cogió de la muñeca y lo metió.

—¡Cállate, chismosa! —le gritó. Luego se dirigió a él cerrando la puerta—: No le haga caso. Hay mucho loco en el pueblo. Lo del hambre no afana a nadie y ya sabe de los ociosos, que injurian más que respiran. ¡Adelante, pase hombre, que parece un lamido, tan torpón y cortado!

El frío del zaguán húmedo calaba más que el invierno vagabundo de la calle. El negro impregnaba los rincones de fantasmas esculturales, huecos plutónicos que se abrían, más allá, a las fauces de lo desconocido, de la cueva de los ladrones que mantenían a recaudo las delicias que los violadores de tumbas buscaban. Él, pequeño ladrón solicitado por las tentaciones mundanas de aquel pueblo, palpitado por el deseo carnal que solo el tíaso proscrito de la civilización ofrecía, latente aún desde la más ignota naturaleza de los hombres, siguió andando, tímido, anhelante, para robar. Más pecadora fue el ama que le daba paso, indicándole el camino. Tras una verja negra y oxidada, comida por las parras secas, se abrió el patio

de la casa, que no era más que ruina hermosa y lúgubre, envilecida por el polvo. Lo hizo entrar en una sala que llamaban palacio de la casa y de esta, a otra que era el estrado y que la negrura entera protegía. Adivinó el joven unos cuchillos que se le clavaban en la nuca, sendas miradas de los ojos del señor López-Tello, si acaso escondido tras una rendija, desde cualquier grieta, desde cualquier estancia hundida en la noche de aquella casa. A empujones cortos del ama fue avanzando sigiloso hasta pisar madera que crujía y cojines tirados por el suelo. Más allá, sobre el fondo, una ventana amplia tan cubierta por sedas oscuras y gasas que si acaso un haz de luz chocaba con el cristal, pero a la estancia no llegaba. Oyó una máquina que hilaba detenerse cerca del ventanal, tras las cortinas. De un salto el espectro que la trabajaba se cubrió con un mantón enteramente de cabeza a pies. Manuel no pudo sino respingar y echarse a un lado. Ay de la valentía aprendida cuando es desconocido el terreno.

—¡Ande y entre! —gritó el ama.

El chico arrugó la montera entre sus manos y, cabeceando, saludó a la sombra. Por el agujero que dejaba abierto el manto, sobre la cabeza aquella, un ojo que no se veía le observaba, atento, analizando su triste figura.

—¡Quítate el embozo, que quiere verte!

—No, no, no se preocupe —excusó Manuel a la sombra.

El ama se abalanzó sobre su dueña, apartó la rueca y, de un tirón, descubriole un hombro. Del mismo modo mostraban en Cádiz los negreros a los esclavos para venderlos. Sin embargo, al escribiente le pareció la estatua de Venus en mármol, tan delicada que si fuera de cristal también lo creyera. Ni un rubor, ni un aura de melindre se dibujaba en aquella kore que, cual ángel extasiador, clavó sus flechas al penetrarle con el único ojo que le quedó al descubierto. Manuel echó un paso atrás, sin más, porque la sonrisa que le regalaba no era risueña, sino la mueca de la muerte, tan bella como Ofelia en el río. Tras dejarse ver, la diosa aquella tomó de nuevo su manto y se tapó, quedándose quieta en su columna fúnebre.

Se despidió nervioso. Dio hasta las gracias. Retorcó los nudillos de sus manos cayendo en su error. No estaba hecho Manuel de Pimentel para comunicarse con otras gentes, sino para oír y escribir, para echar números y vivir encorvado sobre sus papeles y su tintero. Sin aliento llegó hasta la puerta de mano del ama, que se reía a su espalda.

—Hasta mañana —le dijo la gorda.

«¿Hasta mañana?», se preguntó él. «¿Qué mañana?» Al cerrarse tras él el portón y encontrándose otra vez en la calle, le alcanzó por el brazo el padre del espectro.

—¿Dónde va? ¿Ha conocido a mi hija? ¿A qué viene esa cara de susto? Es hermosa ¿verdad? No hay que hablar en la calle, veré. Acompañeme hasta aquella ermita.

Haciéndole entrar en una ermita cercana, pequeña y negra como la casa suya, y con un Cristo enorme sobre el retablo, volvió a hablarle:

—Mañana mismo. ¿Se va usía mañana? Cuanto antes mejor. Ya ve que la villa esta no está muy venturosa. Mi hija se alegró mucho de saber que vendría a conocerla. No la juzgue pronto, que es muy tímida, pero muy bien hecha, ya veré. Si va a Madrid no tendrá mejor prenda. Que a las manchegas se las rifan. Y de su Andalucía las habrá más resueltas, pero no tan principales. Le ha tocado el cuerno de la fortuna. Mañana ha de ser. En el primer coche se van los tres. Tiene ya mi hija el hato preparado con lo mejor que le queda.

—Señor —respondió raudo el chico—, no sé si puedo. Mi casa no es muy grande.

—Tonterías. Ponga a la gorda a husmear como los perros por las calles y le encontrará casa más barata y mejor para tener muchos críos. Eso sí lo querrá, ¿verdad? Los hijos son la mejor dicha para cualquier hombre. Hágame caso, que yo solo tuve una hembra y ahora la pierdo. Eso sí es desgracia. Pero de hombre a hombre le resuelvo con mis despojos yo su vida. De un plumazo, en esta noche, en las horas que restan hasta mañana que sea suya mi hija; su vida estará resuelta.

De vuelta a la posada hacía cuentas Manuel de la ventura que le podía haber caído. No era ajeno a su dificultad. Bien sabía que con aquel fuste de figura, con aquella sosa timidez, hallar mujer que le quisiera sería harto imposible. Alguna niña boba había querido colgarle una prima suya en Sevilla, pero de boba ella y de párvulo él, las relaciones nunca llegaron ni a estrecharse de manos. Cuando Manuel visitaba las villas de sus jurisdicciones se figuraba, allí en los corrales, con una moza bonita y callada escullando a las gallinas, limpiando los mocos a los niños con el delantal, sonriéndole sonrosada y abrazándole al final del día indicándole el camino a la cama. Otras veces añoraba besar una carita de virgen al salir para varias semanas de su casa de Madrid, o contarle a esa señora suya cuentos de su infancia en la bahía, los dos sentados a la lumbre, hilando ella, quemando ideas él. Al pensar en su mujer soñada, le volvía a la mente el espectro de la dama de negro con la rueca, luego la tez de mármol, luego la sonrisa aquella que no era sonrisa. Era tan bella que más hermosa no la habría imaginado nunca para él. Entonces la cabeza se detuvo. Su corazón palpitaba y la sangre toda le hirvió de modo que los pasos que daba acelerados le hacían tropezar. No podía ser tan fácil que la añoranza que habría esperado como regalo del cielo, así tan cómodo, sin pedirlo siquiera, se le entregara sin dificultad alguna. Hasta el más bajo instinto se le despertó. Si así lo hubiera querido, allí mismo la habría podido tomar, en el estrado oscuro, con su ama animando el trote, abriéndole ella misma a su dueña las entrañas para que él, y nunca otro, entrara. Y esta vez no era sueño ni deseo, sino que la palpaba ya con las manos. Si hubiera sido esta la intención del padre quedándose fuera aguardando la puerta. Si un lupanar de un solo cliente hubiera sido ordenado aquella mañana y él, cauto, no lo habría aprovechado. Se le deshacía la frente solo de pensarlo. El futuro se abrió ante él, que se halló como un triunfo condenado a las pasiones, y esto le convenció de su errático espejismo. Su dama había de ser pura, y él mantenerse como el mozo educado que era, enderezando la turbulencia de su cuerpo con la vara aprendida.

Acelerando más el paso para llegar pronto y salir de la enrarecida calle, vio junto a la puerta de la fonda una calesa de dos caballos con banderín real. Se apresuró a entrar, porque no era esa parada para coches oficiales —aunque de tan bajo rango, como mostraba la ausencia de arabescos, dorados y terciopelos— si no fuera porque buscaran algo allí que con algún ministerio tuviera que ver. Y ese sin duda era él.



## CAPÍTULO CUARTO

—Este es —dijo el posadero al verle entrar.

Manuel se sacudió. Ya era mal encubridor aquel posadero que tres veces le delatara en dos días.

—Señor Pimentel —le dijo acercándose un mozo bien arreglado—. Vengo de Madrid a toda prisa porque le requieren con urgencia.

—Sí, sí. Mañana mismo salía para allá. Me tomé un par de días por...

—Nada, calle, señor —rechistó el joven—. De mañana nada. Hoy mismo. Si no llueve hacemos noche en Almagro.

—¿En Almagro? Querrá decir...

—Sí. Calle. ¿No ve que quiero explicarle? Vamos hacia Poniente porque le requiere el embajador en Lisboa. Ha escrito con muy mala baba al ministro y hasta al mismo rey, enfadado con que le dejaron sin secretario hace ya un año y que le enviaron deprisa uno de Badajoz, por serle el más cercano, y no sabe cómo los contratan que se le escapó para Inglaterra. En fin, que anda sin secretario en su casa desde hace meses y con las relaciones tan escudriñadas que se traen los portugueses no hay quien gobierne relaciones entre las Coronas de ambas Españas.

—¿Y para qué se me requiere? Yo solo soy un escribiente.

—A mí no se me excuse, que yo soy encargado nada más. Según dice la carta que le traigo, le han dado a vuestra merced —decía leyendo— «tan alto cargo tocante a su puesto, y tan buen trabajo se ha comprobado, que se le requiere para una mayor empresa que es servir de secretario en la casa del embajador de España en Lis-

boa». En fin —volvió a mirarle—, yo diría que no han encontrado a otro que quiera vérselas en Lisboa. O que estaba vuestra merced más cerca. La cosa es que partimos ya. Coja sus bártulos que se hace tarde.

—Pero, no esperaba yo... He de regresar unos días a Madrid a... —buscaba un pretexto—. Debo entregar las cuentas de Sevilla en...

—Nada. No vacile, que está todo dispuesto. ¿No sabe que el ministro de Hacienda tiene su palacio en Almagro? Vuestra merced misma podrá entregárselas en mano. ¿Trae mucho equipaje?

A Manuel se le puso la cortedad en la cara. De tan tímido que era no había sido capaz ni de reñir que leyeran las cartas que a él venían dirigidas. Claro que semejante encargado que el ministerio le enviaba se lucía por ocupar la resolución que a él le faltaba, por lo que, sin mediar una hora, ya estaban los dos montados en la calesa oficial porque el petimetre achuchó sin parar al joven escribiente. Le habló por la escalera, le habló en su cuarto y mientras zanjaba cuentas con el posadero. Llegó a contarle, cuando cargaron el maletón de felpa verde y la escribanía, una historia de la vez que compró él sus maletas. Sudaba con esto el pobre Manuel y hasta le temblaban las rodillas de pensar en la dama que allí dejaba plantada. La oportunidad advenediza con que se veía premiado desaparecía. Para su carrera un triunfo podía quedarse: el trofeo de saberse con posibilidad de en un futuro construir aquel u otro destino marital. Tal vez su planta o su posición no fueran tan desmerecidas. Sonrió un poco y soñó, del modo que la cabeza divaga al abrirse más lejos el horizonte de la vida.

Antes de que el carruaje con sus dos caballos echara a andar, salió la vieja quejosa al portón para decirle:

—No se vaya sin comer, que de La Mancha nadie sale con hambre —y le dio un mendrugo de pan y medio cuarterón de queso—, aunque vea la penuria que da la tierra estos meses. No le han dado en la mesa porque somos licenciados los que vivimos en estas casas de todos. Se le ve buen hombre y demasiado joven para saber a

qué ascua arrimarse. Por eso aquí, que se trata bien a todo viajero, nos llenamos de honra y gracia con que se vaya con tanta *prieta*, porque así no ha cazado a la que más pronto que tarde le hubiera cazado a usted. No vaya a creer que lleva ninguna pena, que a la desgracia le está dando esquinazo esta misma tarde.

Sin más, el encargado arrancó la calesa por las calles frías de cal muerta, sin apenas levantar polvo, buscando por el caserío la carretera de Almagro. De frente al sol naranja, el joven Manuel, con el rumor constante del palabrerío del encargado, se comía la cabeza con ilusiones vagas y vergüenzas que le punzaban el pecho. ¿Qué palabra podía acreditar si a la mañana siguiente aparecía en la posada el vinatero con su hija y con el ama gorda, y le decían que de noche se había largado? ¡Pensarían que había huido, que la cobardía le había superado! Creerían que no era hombre serio: de palabra. ¿Y su reputación? Bien que ahora se dirigía a Lisboa a un nuevo cometido, pero quién le aseguraba que no retomaría su labor con el tiempo y que por aquellos pueblos pasaría cada mes como hasta ahora. Quedaría su palabra comprometida ¡La de un funcionario real! Le acució la tentación de dar una voz y detener el coche, pero cayó aún más en su convicción de que el temperamento todo de su alma había quedado para alimentar al resto de su raza andaluza. Ni a alzar la mirada se atrevió.

—Es de merecer que le reciba el ministro en su casa —venía diciendo el ocurrente encargado—. Deseando estoy de llegar, que dicen cría berenjenas gordas y las guisan. Allí seguro no pasan hambre. Beba vino que traigo colgado de ahí. Yo lo tomo y me pongo malo, pero lo compré porque no se puede pasar por Valdepeñas y no llevarse una azumbre de aloque. Seguro que no quedará gota antes de llegar a Extremadura. ¿Qué es eso? —dijo parando en seco a los caballos.

Justo a la salida de la villa, ya tomando el camino, apareciéndose por detrás de un laurel, se plantaron estorbando el paso unas sombras recortadas por el tardío atardecer. No se acaba el cementerio con dejar atrás la última tumba. Les echaron el alto, por si con el

movimiento de acercarse a ellos aprovechaba la calesa para correr. Manuel y Jacinto, que así se llamaba el encargado, enmudecieron al verse dos urbanitas pillados al fin por una cuadrilla de bandoleros. Ni Sierra Morena había dado lugar al gaditano a encontrarse en semejante peligro. Miraron bien, entornaron los ojos y la sorpresa se trocó en desconcierto. No eran bandidos.

## CAPÍTULO QUINTO

—No creo que le dé tiempo de volver para mañana al alba —  
rechistó el vinatero acercándose y cogiendo de la brida al caballo.

—¡Señor...!

—¿Quién es? —preguntó Jacinto.

—Traigo aquí a la prometida del señor escribiente. Anda, sube  
—dijo a la sombra de su hija, que venía tapada tras él—. Y el ama  
también. Sube.

Subieron las dos. La una cubierta por completo, que no sacó  
ni una mejilla para besar por vez última a su padre. La otra con  
cara de perro sabueso, mostrando más enfado que su dueño por  
el atrevimiento de Manuel, pillado más que si hubieran descu-  
bierto a la mañana su ausencia. Cómo podían haberse enterado,  
se preguntaba con un nudo en la garganta. El vinatero aprovechó  
y echó a la trasera, sobre unos tomos que traía Jacinto de Madrid,  
un baúl de ropas y otro con la dote. Así lo dijo:

—Ahí va la dote de mi hija. No crea que la caso desnuda.

—¿Pero qué es esto? —dijo el encargado—. No podemos  
andar tanta gente. Nadie me dijo que viajaras con familia. ¿Es  
la señora la madre de la moza? —le preguntó a la gorda que,  
sentada ya, le fulminó con los ojos—. Muy malos humos veo.  
Yo sé de uno que se fue a casar y tan mala era la suegra que la  
madre suya propia no fue a la boda siquiera. No me entienda  
mal, que es chascarrillo... —y hablaba y hablaba Jacinto mien-  
tras arreaba a los caballos y la sombra del vinatero se desvanecía  
tras el laurel.

Sudando Manuel no se atrevió a mirar a las nuevas compañeras de viaje. Pensó que soñaba, pues en el cantar de un gallo, las dos fantasmas de las que se preocupaba por dejar atrás, como si nada hubiera pasado, estaban ya sentadas ante él. Quisiera o no, la fortuna estaba dictada para el chico. El lazo de la Parca le había atrapado, las palabras de Delfos. Mejor si tan fácil había sido, que ni pestañear le hizo falta. Si luego dirán que no hay Dios, que a los medrosos no les da valentía, pero les da las situaciones resueltas. Aun así trató de excusarse, con que si la obligación, que si tal vez volvería. Y como las mujeres no contestaban, ni le miraban tampoco —quién sabe todavía si estaban igual de satisfechas con aquel final—, Manuel se calló y ya no pudo pensar otra cosa que en la siguiente palabra que habría de decir, o el siguiente gesto, o una sonrisa; hasta llegar a la capital de la provincia.

Ya entrada la noche atravesaron las murallas de Almagro y en el palacio del conde de Valdeparaíso nadie los esperaba. Fue la venia que traía Jacinto desde Madrid la que autorizó a la insólita comitiva a cruzar el portalón de la casa, acompañados por un criado que, malhumorado de verse despojado del sueño y, aún respirando del susto de que el que llamara fuera el lobero a pedir limosna o la muerte —que este era una suerte de espectro muy vivo en los pueblos de Castilla—, enseguida les preguntó si dormían juntos, si eran parejas, hermanos, primos, y así, sin cortesías, por aligerar el acomodo no previsto.

—Aquí es la señorita, comprometida con el secretario, y viene con su ama, y el secretario y yo somos conocidos de esta tarde —explicó Jacinto.

No preguntó nada más el criado y abrió dos cuartos.

—Repartan como puedan —les dijo—. Mañana el señor ministro parte para Sevilla. Si quieren dejarle cuentas, las recoge antes del amanecer.

Manuel pasó la noche nuevamente enfermo. Se le mezclaban en la cabeza la zozobra violentada de una mujer aguardando en la alcoba contigua con los cálculos que se hacía para no tropezar,

ni pie ni lengua, al día siguiente al tratar en persona con el propio ministro. Antes de que hubiera cantado el primer gallo ya estaba él que si salgo que si entro al dormitorio, poniendo oído a cualquier ruido de la casa. Los criados se movían en los corredores superiores, se oía el tintineo de los platos para el desayuno; hasta que un barullo de baúles bajando por la escalera le hizo salir para esperar a sus pies al secretario universal.

—Señor ministro —le dijo al verle con una reverencia—. Soy... soy don Manuel de Pimentel, escribiente de su ministerio..., recién nombrado secretario de la casa del embajador de España en Lisboa. Vengo a entregarle las últimas cuentas de las recaudaciones de los reinos de Sevilla, Córdoba, Granada y Jaén —y le alargó la mano con los carpetones, agachando más la cabeza.

El otro se quedó serio mirándolo, arrugó el ceño y se estiró. Los criados, la mujer, el aya, los niños: todos se pararon en seco. Al punto, cortaron el incómodo silencio con una sarta de carcajadas que despertó al resto que aún placía en sus camas. Hasta tuvieron que plantar los baúles sobre los escalones para no dejarlos caer rodando. Si hubieran conocido al muchacho no se habrían sorprendido de lo colorado que se puso. Salió de entre todos un viejo con pelucón y librea añeja que, socarrón y tosiendo, apartando a su mayordomo, que era al que Manuel tomaba por ministro de Hacienda, le cogió los pliegos.

—Ande, joven, que pocos habrá en Portugal más atentos. Pero guarde cuidado en no confundir allí al embajador con su mayordomo. Y menos en la corte, que poco les hace falta a los reyes de Braganza para burlarse más de sus hermanos del otro lado de la raya.

—Dispense, dispense, señor ministro...

—Nada, nada —se apartó con prisa—. Suba y desayune, que ha quedado chocolate en el frezador. Y tenga buen viaje. Estoy seguro que ya hizo buen servicio para la Hacienda.

Así salieron todos: mujeres, criados y el ministro. Manuel quedó plantado. Se fue temblando a su alcoba —donde se desperezaba Jacinto— dándose golpes de puño a puño, castigándose por una

metedura de pata más. Si tuviera un poco más de soltura... Aunque avisado era de nariz para adentro, en lo tocante a lo que sucedía fuera de él, todo era borroso y enmarañado. Nunca acertaba a saber cuándo había de hablar, qué palabras utilizar, a quién dirigirse, si alargar una conversación, cuándo acabarla o cómo despedirse. Así, daba las gracias cuando debía decir adiós, o se disculpaba ante cualquier interacción novedosa con el prójimo, como autómeta, descubriendo enseguida su error y ruborizándose de nuevo. Todo lo suplía con la buena educación aprendida de sus padres y un protocolo muy fino, pero que chocaba con las eventualidades del mundo. Ni qué decir de los estragos que causaba en su ser la incertidumbre de lo que hallaría en Lisboa, o cómo le recibirían en casa del embajador. Sin embargo, esa mañana todavía le quedaría un sobresalto porque, esta vez sí, su endiñada novia saldría de su alcoba sin mantilla.